

uno de los factores que les ayuda a adquirir esta vaina de mielina, y, por tanto, sus funciones.

El juego, ocasionando y multiplicando esta estimulación, es, pues, un agente importante del desenvolvimiento del sistema nervioso. La observación comprueba esta manera de ver: si se suturan los párpados de un gato recién nacido, se comprobará más tarde una cierta detención de desenvolvimiento de los centros visuales del cerebro, porque no han recibido la estimulación que les era necesaria. (1) Los centros motores cerebrales se atrofian en las personas a quienes se les ha amputado una pierna o un brazo en la infancia, etc. Tenemos en este caso una especie de confirmación del adagio biológico, según el cual la función crea el órgano. El juego de los miembros favorece también el crecimiento muscular, siendo la actividad misma del músculo, como todos sabemos, un factor de su desenvolvimiento (biceps de los atletas).

Otra utilidad del juego, sobre la cual ha llamado también la atención Carr, es la de mantener, refrescándolas constantemente, las actividades *intencionalmente adquiridas*. Esto es verdad, sobre todo del juego del adulto: en tiempo de paz el soldado juega a la guerra, tira al blanco y monta a caballo, como, entre dos conciertos, el virtuoso hace escalas o ejercicios para no cansarse.

Según Carr, el juego tiene, además, un *papel social* de primer orden: las reuniones, los bailes, los *match*, tienen por función desarrollar los sentimientos de solidaridad, etc. Esto parece muy probable; pero esta concepción sociológica del juego no se opone a la concepción biológica de Groos: no es más que un caso particular de ella.

Carr, en fin, asigna también al juego una acción *catártica*, es decir, purgativa: nosotros traemos al llegar a este mundo un cierto número de instintos todavía vivaces, y que son ordinariamente perjudiciales en el estado actual de nuestra civilización; la misión del juego es purgarnos de cuando en cuando de estas tendencias antisociales. Cuando en las tragedias el hombre mata, se bate, etc., se descarga de sus tendencias sanguinarias. Del mismo modo, jugando al boxeo o al foot-ball, el niño se desembaraza, satisfaciéndolos, de sus instintos antisociales. ¿Qué pensar de esta hipótesis? ¿No podría hacérsele la misma objeción que a la de Stanley Hall? Si en ciertos casos el juego desenvuelve, ¿por qué en otros produce el efecto contrario? Carr, hay que confesarlo, no explica esto. Yo creo, sin embargo, que esta hipótesis es diferente de la de Hall. La idea de Carr, no es la de que el juego *suprime* estas tendencias perjudiciales, sino de que las canaliza. En cuanto a la idea de una "purga" verdadera, puede ser mantenida, a lo que me parece, si se admite que éstas son *emociones*, no actividades definidas, las que son así expulsadas, y que ellas no lo son sino temporalmente. Cuando se está colérico, consuela y apacigua romper un plato, cerrar una puerta con violencia o empujar una butaca. Al pelearse con sus camaradas, el niño no eliminará definitivamente su instinto de lucha, que es necesario que po-

(1) Los topos tienen los ojos atrofiados porque no se han puesto en suficiente contacto con la luz.